



# Narciso

POR DENNIS SMITH

Va pasando el cortejo por el medio de la calle, tanto el carro fúnebre como la procesión van a paso acelerado, como si quisieran deshacerse rápido del difunto.

Los deudos más cercanos, justo detrás de la carroza van hablando de lo sucedido el día anterior; saludándose con entusiasmo, pues no se ven a menudo. Preguntan si la sopa y el arroz ya están listos para servir, una vez concluya el sepelio. Nadie va llorando ni lamentando la ausencia del que va en el ataúd.

Frente a la calle, los trabajadores de un taller de soldadura interrumpen sus labores, observando la escena que paraliza el mediodía por breves minutos. En completo silencio prestan atención a la procesión.

Los trajes negros de las damas, las camisas blancas, los zapatos pulidos haciendo eco sobre el asfalto, las risotadas fuera de lugar se escapan descaradas y un ridículo aspaviento de una mujer que cae al suelo pone sabor al compromiso; nadie la agarró, la verdad es que nadie se dio cuenta, sólo los que miraban de lejos. El viento mueve las sombrillas, los pañuelos húmedos por el sudor, los sombreros elegantes que portan los señores sirven de abanicos para contrarrestar el calor.

La casa de madera donde vivía el infortu-

nado queda en el camino que da al cementerio. Se para el carro justo al frente como para despedirse. Los participantes se amontonan. No saben qué están esperando para seguir y la impaciencia aflora.

—¡La comida ya está! —grita una mujer que sale por una puerta.

Se anima la gente y continúan caminando. Parece más bien una comparsa de carnaval sin color.

—¡No deseo ver a nadie llorando! —comentó uno de los soldados—. Para qué llorarlo ahora si ni le prestaban atención. Ese pobre enfermo que nació con retardo mental pasó sus años metido en ese cuarto, solo y aburrido.

—Yo no creo que se haya dado cuenta de que estaba solo y mucho menos aburrido—habló el más experimentado—. Yo lo vi cuatro veces en quince años y fueron las que se escapó. Siempre de la misma forma: sucio, desgredado y desnudo.

Soltaron juntos la carcajada.

—¿Recuerdan qué largo lo tenía?

—¡Sí, qué envidia! —respondió su compañero—. Un retrasado mental con un cañón tan grande, sin saber ni poder usarlo. Y uno que es activo en la batalla, la vida lo arma con

una pistolita de bajo calibre.

Siguen las risas.

—Ustedes qué saben si lo usó o no lo usó, siempre se juzga al más desdichado —interrumpe el jefe—. ¿Recuerdan cómo lo cuidó la prima por años hasta que desapareció un día? ¿Luego alguien no reportó haberla visto en otra provincia con un niño? ¿Después la viuda de la abarrotería no lo atendía con puntualidad y esmero hasta que quebró su negocio y se tuvo que ir?

Se miraron entre ellos.

Prosiguió hablando:

—¿Las hermanas Alcántara no se peleaban bañarlo en las mañanas y alimentarlo al medio día? Mientras, Julieta reservaba la cena para ella y salía de madrugada.

—Ahora que lo menciona, ya entiendo por qué Sasha primera, la mariquita del barrio, se ofreció a cuidarlo tanto tiempo —añade un trabajador—, y el fontanero que estuvo arreglando la misma gotera por años en ese cuarto, el viejo Aparicio y la mujer del cocinero, aquel que fue estéril por muchos años.

—¡Sí! Hasta que la mujer salió preñada —comentó uno.

—¡Bueno, a trabajar! —ordenó el jefe.

Minutos después los miembros del cortejo regresaban apurados a la casa, donde se repartían vasos y platos llenos.

Uno de los trabajadores se reía en solitario.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó su compañero.

— Recordaba que la esposa del jefe, también lo cuidó.

Al final de la tarde, con la algarabía en frente, acordaron que el difunto nunca estuvo solo y mucho menos aburrido, comprendieron por qué nadie lo lloraba y todos, envueltos en el estímulo del ron, reían diciendo:

— ¡Narciso! ¡Ahora sí, descansa en paz!



# Espejismo

El último bocado administrado por el fogaje es el regalo que embeleza a la criatura enredada en la arena: la promesa del cálido humectante en sus labios partidos.

Un sopor obsequiado por la sombra de la encina le incorpora, lo alivia del ardor que produjo el sol.

Mientras los cerros bailan a su alrededor, se acerca una caravana, lo reaniman humedeciendo su rostro, trastocan el suplicio que lo marginaba, trasladándolo fuera del desierto. Se aleja del lecho de muerte entre atenciones generosas. Voltea la mirada y se despide del cuerpo curtido que dejó reposando debajo de las dunas.

---

DENNIS SMITH. Nació en la Ciudad de Panamá en 1971. Mecánico de Construcciones Metálicas. Estudió Administración de Negocios en la ULACIT. Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2006. En 2009 publicará su primer libro de cuentos: *El rey del truco soy yo*.